

CHOLETS: ARQUITECTURA DE ALTURA Y ORGULLO ANDINO



POR JOSÉ JUAN PACHECO RAMOS (*)

Durante décadas, la ciudad boliviana de El Alto fue vista desde afuera como una periferia pobre y desordenada. Pero en las últimas dos décadas comenzó a transformarse en algo imposible de ignorar. Sobre el altiplano boliviano empezaron a levantarse edificios de colores intensos, enormes ventanales, figuras geométricas y salones de fiesta monumentales.

A esas construcciones se las conoce como “cholets”, una mezcla entre “chalet” y “cholo”. El término nació con tono despectivo, pero terminó siendo reapropiado con dignidad por una nueva generación de comerciantes aimaras que encontró en la arquitectura una forma de afirmar su identidad.

Los cholets son mucho más que edificios llamativos. Son la expresión visible de un cambio social profundo en Bolivia: el ascenso económico y cultural de sectores indígenas históricamente marginados.

El nombre más asociado a este fenómeno es el del arquitecto boliviano Freddy Mamani. Sus construcciones rompieron con la idea dominante de que la arquitectura elegante debía parecer europea, minimalista y discreta. Él hizo exactamente lo contrario. Apostó por colores vibrantes, ornamentación inspirada en Tiwanaku y enormes espacios destinados a



celebraciones comunitarias.

La mayoría de los cholets sigue una lógica muy clara: tiendas comerciales en la planta baja, grandes salones de fiesta en los pisos intermedios, departamentos para alquilar y, en la parte superior, una vivienda privada para los propietarios.

Cada edificio resume el modelo económico de El Alto: comercio, familia y comunidad funcionando juntos. Las fachadas mezclan símbolos andinos, formas geométricas y luces modernas. En ellas conviven referencias ancestrales con una estética futurista que demuestra que lo indígena no pertenece únicamente al pasado, sino que también puede imaginar el futuro.

Para comprender los cholets hay que entender El Alto. Ubicada a más de cuatro mil metros de altura, esta ciudad creció gracias a las migraciones indígenas y al desarrollo de una poderosa economía comercial. Durante años, las élites tradicionales bolivianas miraron a El Alto con desprecio. Sin embargo, miles de comerciantes aimaras construyeron allí redes económicas dinámicas vinculadas al transporte, los mercados y el comercio internacional.

Con el tiempo apareció una

(*) Doctor en Filología y Filosofía y Máster en Lenguas y Literaturas Modernas por la Universidad de las Islas Baleares, Maestría de Historia por la Universidad de París; ha publicado “L’État et la guerre chez les Inkas” (París, 2014), “Jirones de Cultura” (Lima, 2014) y “Madame Bovary y La Traviata: dos mujeres transgresoras” (Riga, 2019), “Déjame que te cuente” (Madrid, 2025)



Los interiores de este estilo arquitectónico pueden ser en algunos casos más llamativos que su misma fachada

<https://noticiaslatam.lat/20221117/asi-son-los-cholets-los-edificios-de-colorido-estilo-arquitectonico-que-triunfa-en-bolivia-1132548352.html#pv=g%3D1132548354%2Fp%3D1132525800>

nueva clase media y alta indígena con capacidad de inversión, pero también con una identidad cultural distinta que quería espacios que reflejaran su propia historia. Así nacieron los cholets: edificios que funcionan al mismo tiempo como inversión económica y como declaración cultural.

Evidentemente, desde su aparición los cholets despertaron admiración y rechazo. Muchos arquitectos tradicionales los calificaron de “kitsch” o escandalosos. Pero la pregunta es: ¿quién decide qué es bello? Durante siglos, el gusto arquitectónico en América Latina estuvo asociado a modelos europeos y a las clases altas. Los cholets van en contra de esta idea alienante.

No esconden el color ni buscan parecer discretos. Hay algo profundamente político en su exuberancia. Cuando una familia aimara construye un cholet gigantesco en El Alto no

solo muestra prosperidad económica. También reivindica una identidad históricamente invisibilizada. La fiesta ocupa un lugar central en la cultura andina y, por eso, los enormes salones de baile son tan

importantes dentro de estos edificios. Allí se realizan matrimonios, graduaciones y celebraciones religiosas que fortalecen los vínculos comunitarios. Los cholets fueron diseñados para reunir gente.

Una de las razones por las que los cholets atraen tanta atención internacional es su apariencia visual inclasificable. Parecen mezclar símbolos prehispánicos, luces de discoteca, geometrías digitales y estética futurista.

Pero esa combinación refleja bastante bien la experiencia urbana contemporánea de El Alto: una ciudad indígena profundamente conectada con la economía global. Muchos

comerciantes aimaras viajan constantemente entre Bolivia, Chile, Perú y China. Los cholets traducen visualmente esa circulación de culturas, mercancías y tecnologías.

Por eso algunos investigadores hablan de un “futurismo andino”: una manera de imaginar el futuro sin borrar las raíces indígenas.

Con los años, los cholets comenzaron a atraer turistas, fotógrafos y medios internacionales. Sin embargo, existe el riesgo de mirarlos únicamente como extravagancias visuales. Los cholets nacieron de procesos de migración, discriminación y resistencia económica. Son el resultado de comunidades que durante décadas fueron excluidas del reconocimiento cultural.

En un continente donde las élites todavía pretenden definir qué culturas merecen prestigio, los cholets constituyen un desafío y demuestran que la creatividad urbana también puede surgir desde las periferias y desde sectores populares históricamente marginados.

En un mundo lleno de ciudades cada vez más parecidas entre sí, los cholets recuerdan que la arquitectura todavía puede contar historias locales, celebrar identidades y expresar orgullo colectivo.

Se puede discutir sobre su belleza, pero no se les puede negar una fuerte personalidad nacida de una creatividad andina que no pide permiso para existir.